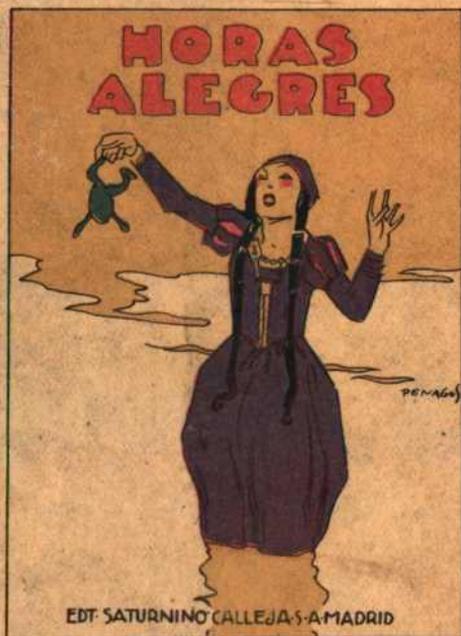


HORAS ALEGRES



EDT. SATURNINO CALLEJA S. A. MADRID



TIFFEN® Color Control Patches © The Tiffen Company, 2007

BIBLIOTECA
DE RECREO



VOMCI



TG
COM

HORAS ALEGRES

Ilustraciones de
ÁNGEL, MÉNDEZ
BRINGA Y CORONA



EDITORIAL
SATURNINO CALLEJA
MADRID



CUENTOS DE CALLEJA

+ 1130328
C.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La rana encantada.....	5
Los cabritos y el lobo.....	17
Juana <i>la Lista</i>	27
Pepito y Mariquita.....	39
La hija del molinero.....	49

10192526

PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS



LA RANA ENCANTADA

ALLÁ, en tiempos muy remotos, vivía un Conde, señor de muchas tierras y castillos y más poderoso que algunos Reyes. Sólo tenía una hija, sumamente caprichosa, extravagante e indócil; por lo cual daba muchos disgustos a su madre, que era una mujer de genio violentísimo, orgullosa y dominante como ella sola. El juguete predilecto de la niña ca-

Cuentos de Calleja

prichosa eran unas bolas huecas de oro, que lanzaba al aire con suma destreza, para cogerlas con la mano sin que tocasen al suelo. Todas las tardes se la veía al pie del castillo entretenida largas horas en este ejercicio, que la divertía mucho.

Pero su pasión favorita eran las ranas: para pescarlas entraba por charcos y arroyos, las metía en los bolsillos, las llevaba a su habitación y jugaba con ellas como si fueran pajarillos. La gente dio en llamarla la *señorita Rana*. No bastando reprensiones ni castigos para corregirla de tan extravagante afición, su madre la tenía encerrada, sin permitirle salir de casa.

Por aquel tiempo hizo el Rey con toda la corte un viaje por sus estados, y para honrar al Conde se detuvo un día en su castillo. Con este motivo se permitió alguna libertad a la niña, libertad que ella aprovechó para hacer una escapatoria al arroyo, donde pescó una rana que, por la grande, podía ser la abuela de todas



... se la veta al pie del castillo...

Cuentos de Calleja

las del país. Muy contenta con tal hallazgo, volvió de prisa al castillo para que no la echasen de menos; si se descuida un momento, habría llegado tarde, pues ya estaba la gente en el comedor para sentarse a la mesa. Sin tiempo para llevar la rana a su habitación, se colocó en su puesto, al lado de su madre. El festín era espléndido y creciente la animación, que se hizo ya general cuando se servían los postres. La rana quiso también tomar parte en el convite, y saliéndose del bolsillo, se plantó de un salto en la mesa. Por fortuna, ninguno de los convidados vio al asqueroso animal, porque la Condesa lo arrojó al suelo inmediatamente y lo aplastó de un pisotón, ahogando como pudo la ira que ardía en su pecho.

El Rey salió aquella misma tarde para continuar su viaje, y el Conde, como buen vasallo, le quiso acompañar por algún tiempo.

La Condesa necesitaba desahogar su corazón, haciendo ver a su hija las des-



... se plantó de un salto en la mesa.

Cuentos de Calleja

agradables consecuencias que podían traer sus extravagantes caprichos. Juntas iban paseando a la orilla de un riachuelo; la madre, recordando el lance de la mesa, reprochaba con dureza a su hija la falta que había cometido, y la hija recibía, al parecer, con sumisión la reprimenda. En esto se oyó el graznido de una rana que estaba en la margen, y la niña se lanzó a cogerla. La Condesa, en el colmo de la desesperación, exclamó, enfurecida:

—¡Oh, si en este momento te convirtieras en rana, hija mala!

Y en el mismo instante se oyó el ruido de un objeto que caía en el agua.

Volvió la vista la Condesa, y... ya no vio a su hija. Entonces, fuera de sí, echó a correr como una loca a lo largo del riachuelo llamando a gritos a su hija, pero a sus tristes lamentos sólo respondía el croar de las ranas.

A los gritos acudió la servidumbre.

—Que preparen el coche y enganchen los mejores caballos—dijo la Condesa, y se dirigió precipitadamente al castillo.

La rana encantada

—Camino de la montaña—dijo al cochero al poner el pie en el estribo—. Necesito llegar pronto.

El coche partió como una exhalación. Cuando llegó al pie de la montaña, se apeó la Condesa, mandó que la esperaran allí, y sola tomó el tortuoso camino de la pendiente. En la cumbre, que no era muy elevada, había una capilla de la Virgen, donde hacía vida penitente un venerable solitario que gozaba fama de santidad. Estada sentado a la puerta de la capilla al llegar la Condesa.

—¡Padre mío—le dijo entre sollozos y postrada a sus pies—, tened piedad de una madre desgraciada!

El anciano la obligó a levantarse y le preguntó la causa de su aflicción. Ella le refirió llorando todo lo ocurrido. Cuando terminó su triste relación, que atentamente había escuchado el solitario, le preguntó éste:

—¿Estáis arrepentida y pedís a Dios perdón de vuestro enorme pecado?

—Sí, padre mío; yo detesto con toda

Cuentos de Calleja

mi alma ese crimen monstruoso que me causa horror.

—Pues bien—dijo el solitario—, haced una buena confesión, y el Señor, que es todo misericordia, os perdonará y llenará de consuelos como Él sabe hacerlo. Ahora—añadió—volved tranquila a vuestra casa y confiad siempre en la misericordia de nuestro Padre celestial.

La Condesa se despidió muy consolada y dispuesta a mudar de conducta, observando la ley de Dios. Cuando llegó al castillo era muy tarde; preguntó por su hija..., pero no obtuvo otra respuesta que el silencio. Pasó la noche llorando, llorando por su hija, a quien ella... ¡Cuán terriblemente expiaba las consecuencias de su genio violento y de su inmoderada soberbia!

Empezaba a clarear el día, y la Condesa se estaba arreglando para salir, cuando oyó pasos que se dirigían hacia su habitación. Abrió la puerta y se encontró abrazada con su hija, que, como de

La rana encantada

costumbre, iba a saludarla. El gozo de las dos fue indescriptible.

—¿Dónde has estado, hija mía?

—No lo sé; me parece que he estado en un sueño, del que no recuerdo nada, ni aun sé cuándo he venido ni cómo me encuentro aquí. Ignoro lo que por mí ha pasado; pero estoy avergonzada de mis raros caprichos, y desde ahora prometo ser muy obediente y no dar más disgustos.

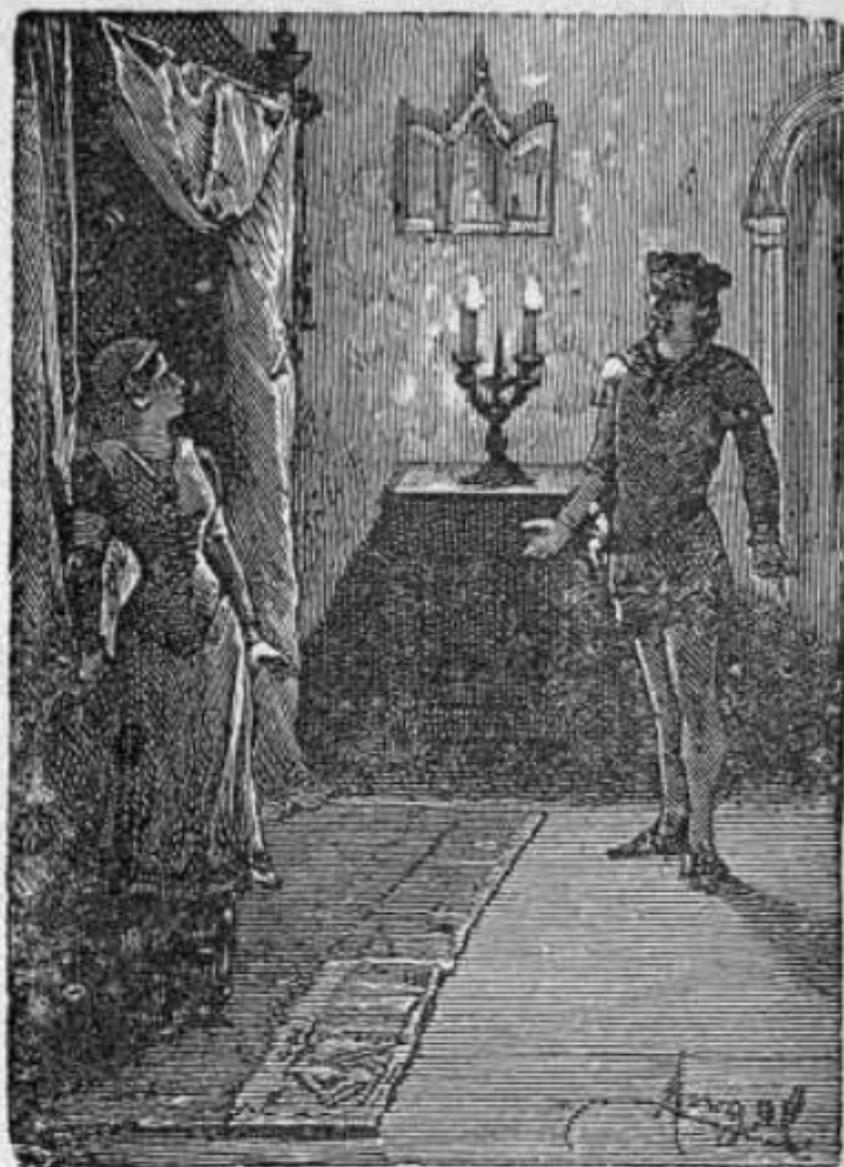
—¡Bendito sea Dios, hija mía!—exclamó la Condesa— Yo también me avergüenzo de mis impaciencias, y deseo practicar la humildad cristiana.

Las dos pasaron juntas todo el día sin salir de la habitación.

Por la noche volvió el Conde, y sorprendido de que no salieran a recibirle ni su esposa ni su hija, preguntó a una doncella si ocurría alguna novedad.

—Creo que no—respondió ella—; pero la señora Condesa y la niña no han salido en todo el día de la habitación.

Alarmado el Conde, fue precipitada-



... preguntó a una doncella...

La rana encantada

mente a ver qué había ocurrido. Las halló a las dos en plácida conversación, y le contaron lo sucedido con todos sus detalles. El Conde les dijo entonces:

—Dios ha permitido eso en castigo a la una por su indocilidad y a la otra por su soberbia. Sed, pues, la una dócil y obediente y la otra paciente y humilde.

Como se divulgó por todo el pueblo tan raro suceso, la *señorita Rana* se llamó desde entonces la *Rana encantada*, aunque nunca lo había sido. Aun vive su recuerdo en aquel país, porque vivió muchos años dedicada a favorecer a los necesitados y hacer otras obras de caridad.





LOS CABRITOS Y EL LOBO

UNA cabra vieja tenía siete cabritos y los quería como una madre quiere a sus hijos. Un día quiso ir al bosque a pacer; llamó a sus siete hijos, y les dijo:

—Hijos míos, me voy al bosque; tened cuidado con el lobo, porque si entra os devora a todos. El malvado se disfraza; pero le conoceréis por su ronca voz y por sus negras patas.

Cuentos de Calleja

Los cabritos dijeron:

—Querida madre, márchate sin miedo; ya nos guardaremos del lobo.

La vieja salió en busca de comida.

Al poco rato llamaron a la puerta, diciendo:

—Abrid, hijos míos; soy vuestra madre que os trae algo bueno para cada uno de vosotros.

Pero los cabritos conocieron por la voz ronca que era el lobo.

—No queremos abrirte—dijeron—; tú no eres nuestra madre, que tiene una voz dulce y agradable, y la tuya es ronca: tú eres el lobo.

Entonces el lobo se fue a casa de un huevero y compró una docena de huevos, y se los comió crudos para afinar más su voz.

Luego volvió, llamó a la puerta y exclamó:

—Abrid, hijos míos, soy vuestra mamá, que trae algo para cada uno de vosotros.

Pero el lobo había asomado su pata



... conocieron que era el lobo...

Cuentos de Calleja

negra por la ventana, y los cabritos, que la vieron, exclamaron:

—No abrimos; nuestra madre no tiene una pata tan negra como tú: tú eres el lobo.

Se fue el lobo entonces a una panadería, y dijo al panadero:

—Me he dado un golpe en el pie; úntame-lo de masa.

Conseguido su deseo, corrió a un molino y dijo al molinero:

—Échame harina sobre la pata, que Dios te lo pagará.

El molinero pensaba: «El lobo quiere engañar a alguien» y se negaba a hacerlo; pero éste le dijo entonces:

—Si no lo haces, te devoro.

Entonces el molinero se asustó e hizo lo que le pedía.

¡Así son los hombres! Hacen a veces por amenazas lo que no harían por ruegos

Entonces el lobo volvió a llamar a la puerta por tercera vez, y dijo:

—Niños, abrid; soy vuestra mamá, que



111

... el molinero se asustó e hizo lo que le pedía...]

Cuentos de Calleja

ha vuelto y trae algo bueno del bosque para cada uno de vosotros.

Los cabritos exclamaron:

—Enséñanos primero tus patas, para que veamos si eres nuestra madre o no.

El lobo les enseñó la pata por la ventana, y cuando vieron que era blanca creyeron que era su madre, y abrieron la puerta. Pero quien entró fue el lobo.

Entonces los cabritos se asustaron y querían esconderse. Uno saltó debajo de la mesa, otro se escondió en la cama, otro en la estufa, éste en la cocina, aquél en el armario, el sexto debajo del lavabo, el séptimo en la caja del reloj.

Pero el lobo los encontró a todos y no guardó con ellos muchos cumplidos; se los devoró uno después de otro, sin mascarlos siquiera para no perder tiempo; de modo que se los tragó enteros. Al único que no pudo encontrar fue al menor, que estaba dentro de la caja.

Después que el lobo hubo saciado su hambre, se marchó, se acostó debajo de

Los cabritos y el lobo

un árbol en el prado y se durmió profundamente.

Al poco rato volvió la cabra del bosque. ¡Qué horrible espectáculo! La puerta estaba abierta; las mesas, sillas y bancos, por el suelo; la jofaina hecha pedazos, y las mantas y almohadas fuera de la cama.

Buscó a sus hijos y no los encontró en ninguna parte; los llamó uno por uno, pero nadie contestaba. Por fin, cuando nombró al menor, oyó una débil voz que decía:

—Querida madre, estoy en la caja del reloj.

Lo sacó, y el cabrito le contó que el lobo había venido y que había devorado a todos sus hermanos.

Fácil es comprender cómo lloraría la pobre por sus hijos.

Llena de tristeza salió de casa, y el cabrito corrió detrás de ella.

Cuando llegaron al prado vieron al lobo que dormía a la sombra de un árbol, haciendo temblar las ramas con sus ronqui-

Cuentos de Calleja

dos. Lo examinó por todos lados, y vio en su abultada panza algo que se movía.

—¡Dios mío!— pensó la cabra— ¿Será posible que mis hijos, a quienes acaba de cenarse, tengan aún vida?

Mandó al cabrito a casa a buscar tijeras, aguja e hilo. Luego abrió al monstruo la barriga sin que él se despertara; y apenas había dado un tijeretazo, uno de los cabritos asomó la cabeza. Siguió cortando, y salieron los seis, uno después de otro, sin haber sufrido el menor daño, porque la fiera, en su ansia, se los había tragado enteros. ¡Qué alegría! Todos cubrieron de caricias a su querida madre y saltaron y brincaron.

Entonces su madre les dijo:

—Id a buscar piedras, con las cuales llenaremos al infame lobo la barriga mientras esté dormido.

Las cabritos trajeron las piedras con toda prisa y le llenaron el vientre. Luego la cabra vieja le cosió hábilmente, sin que el lobo lo notara ni se moviera.

Cuando el animal despertó, levantóse



Cuando los siete cabritos vieron esto,
se acercaron corriendo...

Cuentos de Calleja

y fue al pozo a beber agua, porque tenía mucha sed. Al andar, las piedras en su barriga, chocando una con otra, hacían mucho ruido, y el lobo exclamó:

—¿Qué es lo que hace tanto ruido en mi barriga? Creía que eran cabritos y parecen piedras.

Cuando llegó al pozo y se inclinó para beber, lo arrastró el peso de las piedras, cayó en el agua y, no pudiendo nadar, se ahogó. Cuando los siete cabritos vieron esto, se acercaron corriendo y exclamaron:

—¡El lobo ha muerto! ¡El lobo ha muerto!

Y bailaban de alegría alrededor del pozo donde yacía su verdugo.



JUANA «LA LISTA»

UN matrimonio de mediana posición tenía una hija llamada Juana *la Lista*.

Cuando tenía dieciocho años, dijo el padre a la madre:

—La casaremos.

—Sí—dijo la madre—; ¡ojalá encontráramos alguien regularmente acomodado que la quisiera!

Por fin vino un día, desde muy lejos,

Cuentos de Calleja

un tal Manolito, y pidió su mano, pero con condición de que Juana fuese tan lista como hermosa.

—¡Oh!—dijo el padre— No tiene un pelo de tonta.

Y la madre dijo:

—Lo que es ésta, ve correr por la calle al viento y oye toser las moscas.

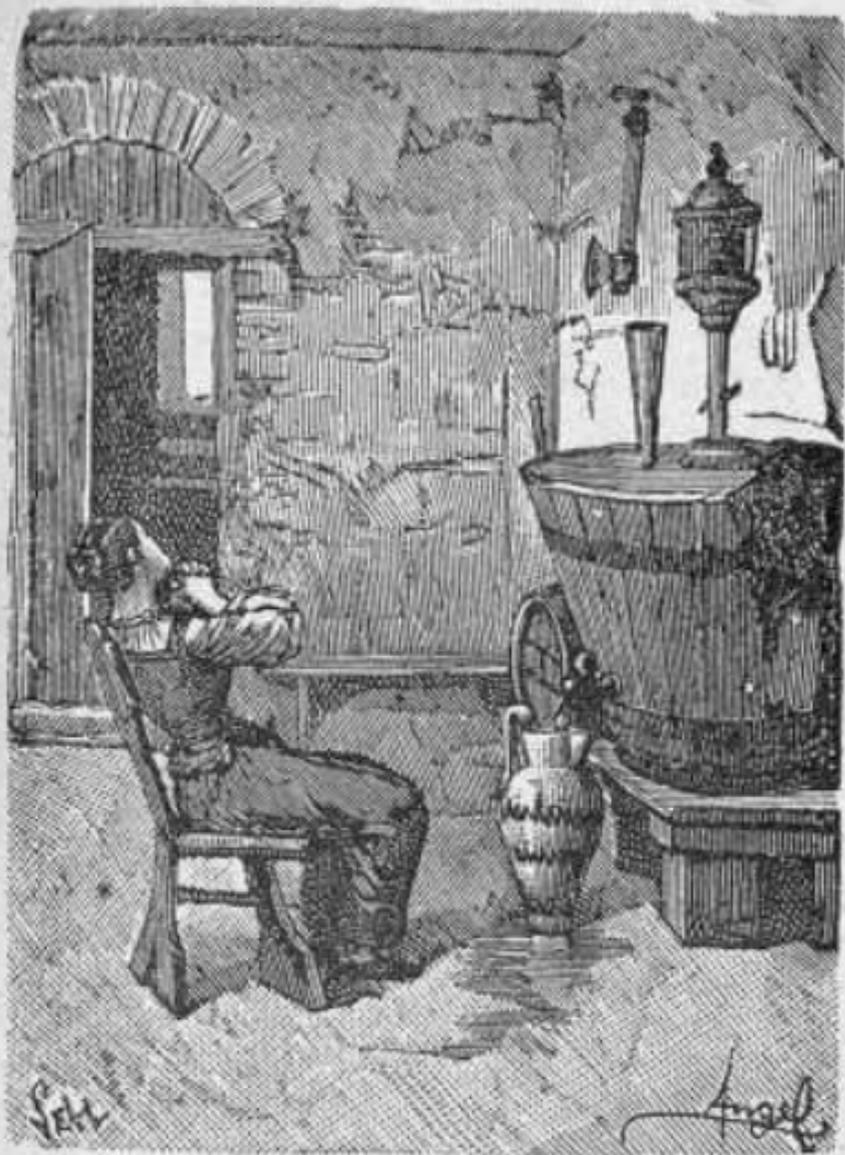
—Como no sea muy lista no me caso con ella—dijo Manolito—; no me gustan las mujeres tontas.

Cuando estaba sentado a la mesa, después de comer, dijo la madre:

—Juana, baja a la cueva y sube cerveza.

La moza cogió el cántaro y bajó a la cueva, allí puso una silla delante del cubo, para no tener que bajarse y evitar el hacerse daño.

En seguida acercó el cántaro con el pie, y mientras dejaba correr la cerveza, alzó los ojos para mirar a la pared, y vio, después de escudriñar en todas direcciones, un hacha que los albañiles habían dejado en la pared por descuido.



... alzó los ojos y vio un hacha...

Cuentos de Calleja

Entonces Juanita *la Lista* echó a llorar y dijo:

—Si por casualidad mandamos al hijo de la vecina que venga a la cueva a buscar vino, podría suceder que el hacha le cayera sobre la cabeza y le matara.

Y sin moverse del sitio, se quedó llorando la posible desgracia.

Arriba esperaban la bebida, pero Juanita *la Lista* no venía.

Entonces dijo la madre a la criada:

—Baja a la cueva a ver lo que hace Juana.

Fue la criada y la encontró sentada delante del cubo, llorando y gritando.

—Juana, ¿por qué lloras?—preguntó la criada.

—¡Ay!—contestó—¡No he de llorar! Si alguna vez nos ocurre mandar al hijo de la vecina a buscar cerveza, el hacha podrá caerle sobre la cabeza y matarle. Y entonces, ¿qué diría de nosotros la gente maliciosa?

Entonces dijo la criada:

Juana "la Lista"

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Y sentándose a su lado, también se echó a llorar la desgracia.

Después de un rato, los que estaban arriba, que tenían mucha sed, al ver que no volvían ni Juana ni la criada, dijeron al criado:

—Baja a la cueva a ver lo que hacen Juana y la muchacha.

El criado bajó y vio a las dos sentadas, una al lado de la otra, llorando.

Entonces preguntó:

—¿Por qué lloráis?

—¡Ay!—dijo Juana— ¡Pues no hemos de llorar! Si al niño de la vecina, que todos los días viene a comer con nosotros, le mandamos a la cueva a sacar cerveza, el hacha puede caerle sobre la cabeza y matarle.

Y el criado dijo:

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Sentándose a su lado también, empezó a llorar a gritos.

Arriba le estuvieron esperando, y como no venía, dijo el hombre a la mujer:

Cuentos de Calleja

—Baja a la cueva y mira a ver qué hacen aquellos tres.

La mujer bajó y los encontró a los tres llorando, y preguntando la causa de su aflicción, le contó su hija que sería muy posible que algún día mandasen a la cueva al hijo de la vecina, en cuyo caso el hacha caería sobre su cabeza y le mataría.

Entonces dijo la madre:

—¡Oh, qué Juana tan lista tenemos!

Y se sentó también y empezó a llorar.

El marido esperó un rato; pero como tenía mucha sed y la mujer no venía, dijo:

—Tendré que bajar yo a ver lo que hace allí toda esa gente.

Bajó a la cueva y los encontró allí a todos llorando, y enterándose de la causa, exclamó:

—¡Qué Juana tan lista tenemos!

Y sentándose también, se echó a llorar.

El novio se quedó arriba largo rato; pero como no venía nadie, pensó:

—Me estarán esperando abajo; iré a ver lo que hacen.



Al entrar en la cueva y viéndoles llorar
y gritar...

Cuentos de Calleja

Al entrar en la cueva, y viéndolos llorar y gritar a cual más, preguntó:

—¿Pero qué desgracia ha sucedido?

—¡Ay, querido Manolito!—dijo Juana— Si al pobre Angelito, el hijo de nuestra vecina, cuando sea mayor, le mandamos a esta cueva a sacar cerveza, el hacha le puede caer encima y partirle la cabeza. ¡Cómo no quieres que lloremos!

Entonces Manolo dijo:

—No necesito mayor entendimiento para el manejo de mi casa; puesto que eres tan lista, Juana, me casaré contigo.

Y así fue. Poco después, hechas las diligencias consiguientes, se celebró la boda.

Algún tiempo después, Manolo dijo:

—Mujer, saldré a trabajar y a ganar dinero; vé tú al campo a segar trigo, para que tengamos pan.

—Voy, querido Manolito—contestó.

Después que Manolito se marchó, se preparó una buena comida y se la llevó al campo.

Al llegar allí, se dijo:

Juana "la Lista"

—¿Qué hago? ¿Trabajo o como? Comeré primero.

Comió, y después de harta, dijo otra vez:

—¿Qué hago? ¿Siego trigo o duermo? Dormiré primero.

Y se echó en medio del trigo y se durmió.

Hacía gran rato que Manolito estaba en casa, pero Juana no venía.

Entonces pensó el marido:

—¡Qué Juana tan lista tengo! Es tan trabajadora, que ni siquiera a comer viene a casa.

Y como era ya de noche y no había vuelto, salió Manolito para ver qué había sucedido; pero vio el campo sin segar y encontró a su mujer echada y durmiendo.

Entonces fue Manolito corriendo a casa, trajo una cinta con campanillas y se la puso a Juana.

Luego corrió a casa, cerró la puerta y se sentó en su butaca.

Por fin, cuando ya era muy de noche se despertó Juana, y cuando se levantó sonaban las campanillas a cada paso que daba.



... encontró a su mujer durmiendo.

Juana "la Lista"

Y se asustó y no sabía si ella era la Juana *la Lista* o no, y se iba preguntando:

—¿Lo soy o no lo soy?

Y como no sabía contestarse, dijo:

—Iré a casa a preguntar si lo soy o no lo soy; allí me lo dirán.

Fue corriendo a la puerta de su casa, pero estaba cerrada.

Entonces llamó a la ventana y exclamó:

—Manolo, ¿está ahí dentro Juana *la Lista*.

—Sí—contestó Manolo—; está aquí.

Entonces se asustó y dijo:

—¡Dios mío, entonces yo no sé quien soy!

Y llamó a otra puerta; pero al oír la gente el ruido de las campanillas no quería abrir, y de este modo no pudo encontrar albergue en toda la noche.

A la mañana siguiente, Manolito la recogió casi helada de frío y la metió en su casa. Desde entonces, y gracias a aquel escarmiento, Juana empezó a merecer algo más el nombre de *Lista*.





PEPITO Y MARIQUITA

EN un espeso y dilatado bosque de las montañas de Burgos se ve un gran montón de ruinas, de que se alejan las gentes del país a respetuosa distancia, porque, según es fama, pertenecen a un castillo encantado. Bastante lejos de las ruinas hay entre los árboles largas paredes, en parte derruidas, que en otro tiempo eran la cerca de una espaciosa finca que rodeaba el castillo.

Hace muchos años que en un pueblo

Cuentos de Calleja

vecino al monte vivía una viuda con dos hijos, llamados Pepito y Mariquita. En la época a que el cuento se refiere, Pepito tenía catorce años y poco más de doce su hermana. Todos los domingos iban a visitar a su abuelita, que vivía a una legua de distancia al otro lado del monte. Allí pasaban el día alegremente, pues se divertían mucho con unos primos y otros niños de su edad, y por la tarde volvían a casa; sólo que de ordinario, entretenidos en sus diversiones, llegaban muy entrada la noche. Su madre les reprendía, pero ellos no se enmendaban; de modo que cada domingo había un disgusto en casa, hasta que la viuda, poniéndose de acuerdo con uno de sus criados, ideó el medio de corregir la indocilidad y desobediencia de sus hijos.

Sucedió, pues, que una noche de hermosa luna, volviendo los dos hermanos de su visita, al pasar por una de las tapias del monte encontraron cerrado el portillo.

— Se conoce — dijo Pepito — que con la conversación nos hemos desviado de

Pepito y Mariquita

la senda. Debe de estar más abajo el portillo.

Siguieron a lo largo del paredón y, en efecto, encontraron el portillo abierto. Continuaron su camino sin sospechar que se habían extraviado, hasta que se vieron rodeados por todas partes de espesísimos jarales.

—Nos hemos perdido—dijo Pepito—; no sé dónde estamos.

Mariquita comenzó a llorar con el mayor desconsuelo.

—¿Qué va a ser de nosotros esta noche? Quizá estemos cerca del castillo encantado, y salga algún fantasmón. Yo tengo mucho miedo, Pepito.

Éste trató de consolarla.

—No llores—le decía—, y no hagas caso de esos fantasmas; el camino debe de estar muy cerca, pues hemos venido derechos desde el portillo. Lo mejor será que te quedes aquí acurrucada detrás de este matorral, mientras yo voy a ver si encuentro la senda. Si te ocurre algo, me llamas, y si yo encuentro el camino, te



Mariquita començò a llorar...

Pepito y Mariquita

avisaré; si no le hallo pronto, me vuelvo aquí contigo.

—Vuelve en seguida, porque yo tengo muchísimo miedo.

Iba marchando Pepito por entre aquellos jarales, cuando le pareció ver una cosa que venía hacia él.

Era una vieja jorobada, horriblemente fea, que con voz sorda y cavernosa le dijo:

—¿Cómo te atreves, niño temerario, a turbar el silencio de mi pacífica morada?

Pepito quedó mudo de espanto, sin poder decir una palabra.

—Tú eres, sin duda, algún niño indócil y rebelde que se ha escapado de su casa. Pero ahora verás—añadió, agitando los brazos.

Entonces el niño se arrodilló delante de la vieja, y temblando le dijo:

—Por Dios, buena mujer, perdóneme.

—No te perdonaré si no me prometes volver a tu casa y ser bueno.

—Yo seré bueno, muy bueno, pero no sé por dónde ir a mi casa, porque me he perdido en este monte con mi hermanita.



... se arrodilló delante de la vieja...

Pepito y Mariquita

La niña, que oyó las voces de su hermano sin distinguir lo que decía, se dirigió allá precipitadamente, y al ver aquella horrible vieja cayó también de rodillas, prometiendo con muchas lágrimas ser obediente y no dar más disgustos a su buena madre.

Entonces la vieja, con voz más suave, les dijo:

—Siendo así, no temáis nada, porque yo quiero mucho a los niños obedientes y nadie os hará daño. Venid conmigo y yo os conduciré hasta la senda que debéis seguir.

Pepito y Mariquita se levantaron, y aunque con algún recelo, siguieron a la vieja que tan generosamente los había perdonado.

Fueron andando por un sendero muy estrecho y casi cubierto de maleza, y fueron a parar, al cabo de un gran rato, a lo que debió de ser patio del antiguo castillo. Al llegar allí les dijo la vieja:

—A la izquierda tenéis un camino ancho que os conducirá al pueblo; pero



... se arrojó al cuello de su hermano...

Pepito y Mariquita

cuidado con no cumplir lo que me habéis prometido, porque si no, ¡nadie os libraré de mis garras!

Dicho esto, se metió por un arco y desapareció entre las ruinas. Los niños respiraron entonces con libertad, y Mariquita se arrojó al cuello de su hermano, diciendo:

—¡Ay, Pepito, qué susto hemos pasado! Ahora hemos de ser muy buenos y no daremos más disgustos a nuestra madre. ¿No es verdad?

Tomaron el camino que les había indicado la vieja, y corriendo, corriendo, llegaron muy pronto a su casa. Antes, sin embargo, había llegado un hombre vestido de mujer, a quien ellos no vieron.

La cariñosa madre los estaba esperando con ansia. Ellos la abrazaron con ternura, le pidieron perdón y le prometieron ser muy obedientes en lo sucesivo. Después le contaron el susto que les había dado la vieja del castillo, sin sospechar que ya su madre lo sabía todo. Cuando concluyeron su narración, les dijo:

Cuentos de Calleja

—¿Por qué, hijos míos, no habéis hecho antes por amor de vuestra madre lo que proponéis hacer por el temor de una pobre vieja?



LA HIJA DEL MOLINERO

HABÍA en un lugar, cuyo nombre no recuerdo, un molinero que era muy pobre, pero tenía una hija muy bonita.

En cierta ocasión fue el molinero a hablar con el Rey, y para darse tono, le dijo:

—Tengo una hija que sabe hilar paja convirtiéndola en oro.

El Rey dijo al molinero:

—Eso es un arte que no deja de tener

Cuentos de Calleja

su mérito; si tu hija es tan ingeniosa como dices, tráela mañana a palacio y la someteré a una prueba.

Cuando la muchacha llegó, la llevó a un aposento lleno de paja, le dio una rueca y un huso, y le dijo:

—Ponte al trabajo, y si no hilas toda esta paja convirtiéndola en oro, creeré que os habéis querido burlar de mí, y a ti y a tu padre os haré ahorcar.

Luego cerró el cuarto y la dejó sola.

La pobre muchacha no sabía qué hacer; no comprendía cómo había de arreglárselas para hilar la paja convirtiéndola en oro, y cada vez tenía más miedo, hasta que por fin se echó a llorar.

Entonces se abrió la puerta de repente y entró un hombrecillo, que dijo:

—Buenas noches. ¿Por qué lloras tanto?

—¡Ay!—contestó la muchacha— Tengo el compromiso de hilar paja y transformarla en oro, y no sé cómo me voy a arreglar.

Y dijo el hombrecillo:



— Buenas noches. ¿Por qué lloras tanto?

Cuentos de Calleja

—¿Qué me das si yo te saco del apuro?

—Mi collar—dijo la joven.

El hombrecillo tomó el collar y, sentándose, cogió la rueca y a las pocas vueltas se llenaba el huso de oro. Entonces ponía otro nuevo, y así continuó hasta por la mañana, en que la paja se acabó y todos los husos se llenaron de oro.

Al amanecer vino el Rey, y al ver tanto oro se maravilló; pero era extremadamente avariento, y deseaba todavía más oro.

Llevó a la joven a otro aposento lleno de paja, mandándole hilarla toda en una noche si quería conservar la vida.

La joven, no sabiendo qué hacer, empezó a llorar. Entonces se abrió de nuevo la puerta, y el hombrecillo apareció y dijo:

—¿Qué me das si te convierto la paja en oro?

—Mi sortija—dijo la joven.

El hombrecillo tomó la sortija, empezó de nuevo a dar vueltas a la rueca, y



... cogió la rueca y a las pocas vueltas...

Cuentos de Calleja

por la mañana toda la paja era oro hilado.

El Rey se alegró sobremanera a la vista de tanto oro; pero aun deseaba más, y mandó llevar a la joven a otro aposento más grande, lleno de paja, diciéndole:

—Si la hilas toda esta noche serás mi mujer. ¿Qué importa que sea hija de un molinero? —pensaba— Una mujer más rica no la he de encontrar en el mundo.

Cuando la joven se quedó sola, vino el hombrecillo por tercera vez y dijo;

—¿Qué me das si te hilo la paja también esta vez?

—Yo no tengo nada que darte—contestó la joven.

—Entonces prométeme tu primer hijo cuando seas Reina.

—Dios sabe si llegaré a tenerlo—pensaba la joven; y como no sabía qué hacer, prometió al hombrecillo lo que le pedía, y éste, en cambio, le hiló otra vez toda la paja, haciéndola oro.

Cuando el Rey entró por la mañana y

La hija del molinero

vio satisfecho su deseo, se casó con la joven, y la linda hija del molinero fue Reina.

Pasado algún tiempo le dio Dios un niño hermoso. Ya no se acordaba del hombrecillo; pero entró éste de pronto en el aposento y dijo:

—Vengo a que me cumplas lo que me has prometido.

La Reina se asustó y ofreció al hombrecillo todas las riquezas del reino si le dejaba el niño; pero el hombrecillo dijo:

—No; prefiero un ser vivo a todos los tesoros del mundo.

Entonces la Reina empezó a llorar tanto, que el hombrecillo se compadeció de ella.

—Tres días te doy de plazo—dijo—. Si para entonces sabes mi nombre, te dejaré tu hijo.

Entonces la Reina, durante toda la noche, trató de recordar todos los nombres que había oído, y mandó un mensajero por el país para que se enterase de todos los nombres que allí se conocían.

Cuentos de Calleja

Cuando a la mañana siguiente vino el hombrecillo, le dijo ella todos los nombres que sabía, empezando por Melchor, Gaspar y Baltasar; pero a cada palabra decía el hombrecillo:

—No me llamo de ese modo.

Al segundo día mandó preguntar por toda la vecindad cómo se llamaba la gente, y dijo al hombrecillo los nombres más raros; pero siempre le contestaba:

—No me llamo así.

Al tercer día vino el mensajero y dijo:

—Nombre nuevo no he podido averiguar ninguno; pero al llegar a una montaña muy alta, junto a un bosque sombrío, en donde el zorro y la liebre se dan las buenas noches, vi una casita pequeña y delante de ella una hoguera; alrededor de ésta bailaba un hombrecillo muy ridículo y gritaba:

—Hoy guiso al hijo de la Reina y mañana me lo trago: ¡no quiero que nadie sepa que me llamo *Sin Nombre!*

Figuraos qué contenta se puso la Rei-



... bailaba un hombrecillo muy ridículo...

Cuentos de Calleja

na al oír el nombre; y cuando poco después entró el hombrecillo y dijo:

—Pues bien, señora Reina, ¿cómo me llamo? —contestó ella:

—Te llamas *Sin Nombre*.

—¡El demonio te lo debe haber dicho! —gritó el hombrecillo dando con el pie derecho tan fuerte en el suelo que se hundió hasta la mitad del cuerpo.

Luego, lleno de rabia, agarró con las dos manos su pie izquierdo y se partió por la mitad. Desde entonces no se le ha vuelto a ver.



BIBLIOTECA DE RECREO

Cuentos morales para niños y niñas, en 16.º (104 × 74 mm.), de 64 páginas, ilustrados con 15 ó 20 láminas y encuadernados en pasta sólida y elegante, con cubierta al cromo.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. Horas alegres.
2. Cuentos raros.
3. Blanca Nieves.
4. El premio de Luisito.
5. La Princesa de los cabellos de oro.
6. La oración del Padrenuestro.
7. Rafaelito.
8. Aventuras de dos niños.
9. Las hijas del leñador.
10. La Princesa Isabel.
11. El enano encantador.
12. Vida de la Virgen.
13. Después de la lección.
14. Cuentos escogidos.
15. Soñar despierto.
16. La fuente de oro.
17. El cantor del bosque.
18. La estatua prodigiosa.

19. La fragua encantada.
20. La caridad.
21. Por golosos.
22. Al calor de una cerilla.
23. Mentiras de un cortesano.
24. El Príncipe Arturo.
25. El canario.
26. Las canas del oso blanco.
27. Las rosas encarnadas.
28. El lego del convento.
29. El niño perdido.
30. El regalo de un hada.
31. El hombre gris.
32. El secreto de las grullas.
33. El autor de la moda.
34. El tío Miseria.
35. Pollínez y Guárriz.
36. Los amigos de Martín.
37. Los sustos de Perico.
38. Los hijos de Canuto.
39. La hermosa Sietelindas.
40. El Príncipe generoso.
41. El doctor que todo lo sabe.
42. Khan Kilin-Kon-Kun.
43. Los polvos de don Perlimplin.
44. El diablo burlado.
45. Ochavito.

22,88 €

FINE

BIBLIOTECA
DI RECUPERO





PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL



40
Cts.

*¿Conoce usted
la revista infantil Pinocho?*

Pida un ejemplar gratis de muestra a la
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.
Apartado 447 - MADRID